

Tabaco: chivo expiatorio

TEXTO: LUIS FELIPE LOMELÍ

De repente, resulta que al gobierno le importa mucho nuestra salud. Y resulta también que todos los científicos del mundo descubren a la vez que el culpable de ése cáncer pulmonar asesino es, ni más ni menos, que el tabaco.

Adiós a la pipa de la paz, al “toquecito pa’ los nervios” y al galanazo trillado con su cigarrillo. Todo se resume en una frase: el que fuma es un asesino, se mata a sí mismo y a quienes lo rodean. Entonces papá gobierno decide cuidar a sus chamacos y prohíbe fumar en lugares públicos. ¿En serio?

¡Sí!, nos dicen, el cáncer pulmonar de los fumadores pasivos no es causado por el humo de los carburantes, aceites y combustibles que abundan en nuestras ciudades. No es causado por el ozono y los óxidos de azufre, nitrógeno y carbono que despiden los autos y las fábricas, ¡de ninguna manera! Hay un solo y único culpable: el tabaco.

Cada época y lugar tiene sus demonios sanitarios. Hace como 70 años en Alemania, a un muchacho vegetariano y amante de la naturaleza, ¡todo un ambientalista!, fue al primero que se le ocurrió promulgar leyes anti-tabaco. Sus seguidores afirmaron que era por el bien del pueblo, por el culto al cuerpo sano, que nada tenía que ver con que Alemania no controlara ni la producción ni el tráfico de tabaco –pues ya no tenía colonias– ni, mucho menos, que los intelectuales judíos del Café Central –aquellos desgraciados que no aceptaron al muchacho en su grupo– fumaran como chacuacos. Los demás países europeos, tal vez porque recibían buen ingreso por el impuesto al tabaco (cuya venta era controlada del todo por los gobiernos), hicieron oídos sordos a este joven visionario.

Pero al final la verdad se impone. O, al menos, eso dirían los seguidores del muchachito alemán que nació en Austria. Nada tiene que ver con que en la segunda mitad del siglo xx se haya institucionalizado el seguro social en estos países –por las luchas sindicales o la función que encontraron en él los tiranos de izquierda y derecha para aplacar al pueblo, por lo que sea– y que ahora el costo de

la salud recaiga en los gobiernos. Tampoco tiene que ver con que los gobiernos reciban más dinero de los impuestos de las compañías petroleras, automotrices y demás industrias contaminantes, que de la industria tabacalera. No. Nadie hizo un análisis costo-beneficio para ver a qué rubro de la economía era más redituable demonizar. Nada de eso: es puro altruismo, es por el bien del pueblo.

Curiosamente, pocos se han preguntado si la labor de los gobiernos es hacerla de “papá” o si era cierto aquello de que las leyes deben de institucionalizar los usos y costumbres. Tampoco se han preguntado si el ciudadano es lo medianamente tonto como para poder decidir si entra a un bar de “fumar” o a uno de “no fumar” (es completamente tonto, por eso hay que prohibirlo en todos lados). Y los debates sobre los límites de la propiedad privada son tibios. Pero hay algo que llama más la atención: la expresión de algunos que están a favor de dicha ley. Parece que gozaran cuando le dicen a un fumador “ya no podrás hacerlo”. Sonríen. Saben que el fumador sufrirá y eso les da gusto. Dicen que lo hacen por su salud. Los seguidores del muchachito alemán también decían que lo hacían por su salud y también gozaban al atacar a sus demonios sanitarios.

Fumar es malo para la salud, lo sé. También sé que encender un automóvil daña mucho más mis pulmones y los de mis seres queridos. Por eso tomo el transporte colectivo y, cuando quiero fumar, pregunto si a alguien le molesta. El tabaco es un chivo expiatorio. Sé que nunca habrá una ley anti-automóvil, zonas “libres de autos” y transporte limpio, pero sería maravilloso que un día alguien me preguntara: “¿le molesta que encienda mi carro, si le molesta yo también me puedo ir en metro?”.

LUIS FELIPE LOMELÍ

Guadalajara, 1975. Narrador y periodista. Es autor de la novela *Cuaderno de flores* (Tusquets) y de los libros de cuentos *Todos santos de California* y *Ella sigue de viaje*.